LECTIO DIVINA

XXXIII Semana del tiempo ordinario
Del 14 al 20 de noviembre de 2021

"Tu palabra no pasará"

Oración introductoria

Señor, que sepa, lleno de confianza, esperar tu próxima venida.

Petición

Espíritu Santo, concédeme estar atento a tus inspiraciones y fortalece mi voluntad para poder seguirlas.

Lectura de la profecía de Daniel (Dan. 12, 1-3)

Por aquel tiempo se levantará Miguel, el gran príncipe que se ocupa de los hijos de tu pueblo; serán tiempos difíciles como no los ha habido desde que hubo naciones hasta ahora. Entonces se salvará tu pueblo: todos los que se encuentran inscritos en el libro. Muchos de los que duermen en el polvo de la tierra despertarán: unos para vida eterna, otros para vergüenza e ignominia perpetua. Los sabios brillarán como el fulgor del firmamento, y los que enseñaron a muchos la justicia, como las estrellas, por toda la eternidad.

Salmo (Sal 15, 5 y 8. 9-10. 11)

Protégeme, Dios mío, que me refugio en ti.

El Señor es el lote de mi heredad y mi copa; mi suerte está en tu mano. Tengo siempre presente al Señor, con él a mi derecha no vacilaré. R.

Por eso se me alegra el corazón, se gozan mis entrañas, y mi carne descansa esperanzada. Porque no me abandonarás en la región de los muertos ni dejarás a tu fiel conocer la corrupción. R.

Me enseñarás el sendero de la vida, me saciarás de gozo en tu presencia, de alegría perpetua a tu derecha. R.

Lectura de la carta a los Hebreos (Heb. 10, 11-14. 18)

Todo sacerdote ejerce su ministerio diariamente ofreciendo muchas veces los mismos sacrificios, porque de ningún modo pueden borrar los pecados. Pero Cristo, después de haber ofrecido por los pecados un único sacrificio, está sentado para siempre jamás a la derecha de Dios y espera el tiempo que falta hasta que sus enemigos sean puestos como estrado de sus pies. Con una sola ofrenda ha perfeccionado definitivamente a los que van siendo santificados. Ahora bien, donde hay perdón, no hay ya ofrenda por los pecados.

Lectura del santo Evangelio según san Marcos (Mc. 13, 24-32)

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: «En aquellos días, después de esa gran angustia, el sol se oscurecerá, la luna no dará su resplandor, las estrellas caerán del cielo, los astros se tambalearán. Entonces verán venir al Hijo del hombre sobre las nubes con gran poder y gloria; enviará a los ángeles y reunirá a sus elegidos de los cuatro vientos, desde el extremo de la tierra hasta el extremo el cielo. Aprended de esta parábola de la higuera: cuando las ramas se ponen tiernas y brotan las yemas, deducís que el verano está cerca; pues cuando veáis vosotros que esto sucede, sabed que él está cerca, a la puerta. En verdad os digo que no pasará esta generación sin que todo suceda. El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán. En cuanto al día y la hora, nadie lo conoce, ni los ángeles del cielo ni el Hijo, solo el Padre».

Releemos el evangelio

San John Henry Newman (1801-1890)
teólogo, fundador del Oratorio en Inglaterra
«El mundo invisible (La Palabra)PPS, IV, 13

El ejemplo de la higuera

Una sola vez al año, pero, ciertamente una vez, el mundo que vemos, hace estallar sus fuerzas secretas y, en cierta manera, él mismo revela qué es. Entonces, aparecen las hojas, los árboles frutales y las flores se abren, crecen la hierba y el trigo. De repente de percibe un impulso y un estallido de la vida escondida que Dios ha puesto en el mundo material. Pues bien, esto nos sirve como un ejemplo de lo que el mundo es capaz siguiendo el mandato del Señor. Esta tierra... un día estallará en un mundo nuevo de luz y de gloria en la cual veremos a los santos y a los ángeles. Sin la experiencia que se ha tenido de lo que ha sido una primavera precedente, ¿quién podría pensar, quién podría concebir dos o tres meses antes cuando el rostro de la naturaleza parecía muerta, que podía llegar a ser tan espléndida y tan variada?...

Lo mismo ocurre con esta primavera eterna que esperan todos los cristianos; llegará aunque se demore. Esperémosla, porque «ciertamente vendrá y no tardará» (Hb 10,37). Por eso decimos cada día: «¡Venga a nosotros tu reino!» Que quiere decir: «Resplandece Señor, tú que te sientas sobre querubines. Restáuranos, que brille tu rostro y nos salve» (cf Sl 79,2-3).

Palabras del Santo Padre Francisco

«Estar atentos y vigilantes son las premisas para no seguir «vagando fuera de los caminos del Señor», perdidos en nuestros pecados y nuestras infidelidades; estar atentos y alerta, son las condiciones para permitir a Dios irrumpir en nuestras vidas, para

restituirle significado y valor con su presencia llena de bondad y de ternura. Que María Santísima, modelo de espera de Dios e icono de vigilancia, nos guíe hacia su Hijo Jesús, reavivando nuestro amor por Él.» (Ángelus de S.S. Francisco, 3 de diciembre de 2017).

Meditación

A una semana de la solemnidad de nuestro Señor Jesucristo Rey del Universo, la Iglesia nos introduce en este misterio con un evangelio que muchas veces nos podría parecer que infunde miedo o que falta mucho tiempo para que suceda.

Hay un dicho que dice: «el que nada debe, nada teme.» Es muy cierto, pero muy pobre a la vez. Una visión más cristiana diría «el que ha dado todo, se ha esforzado y ha cumplido su deber, espera con ansiedad e impaciencia la llamada de su Señor para que le diga con alegría y entusiasmo: *pasa al gozo de tu Señor*.» Entonces, ¿por qué viene a colación este Evangelio?

Señor, Tú me pides este día que deje de esperar como hombre y que empiece a esperar como un niño que espera que su papá se alegre por la buena nota que sacó, por una cosa que hizo para él; que espere con esa misma ilusión de ver el rostro de mi padre que me dice: «te amo, estoy muy orgulloso, me alegra que te haya ido bien.»

Debo esperar como un niño, no llamar por teléfono, no buscar ubicaciones en Facebook u otros medios, no hacer cálculos… simplemente esperar con plena confianza en las manos de Dios.

Oración final

«Dios de mis antepasados, Señor de misericordia,
que hiciste todas las cosas con tu palabra,
y con tu sabiduría formaste al hombre
para que dominase sobre tus criaturas,
gobernase el mundo con santidad y justicia
y juzgase con rectitud de espíritu;
dame la Sabiduría entronizada junto a ti,
y no me excluyas de entre tus hijos. (Sabiduría 9,1)

LUNES, 15 DE NOVIEMBRE DE 2021
Qué pasaría si…

Oración introductoria

Señor, creo, pero aumenta mi fe

Petición

Señor, concédeme perseverar en la vida de oración y en mi fidelidad a Ti.

Lectura del primer libro de los Macabeos
(1 Mac. 1, 10-15. 41-43. 54-57. 62-64)

En aquellos días, brotó un vástago perverso: Antíoco Epifanes, hijo del rey Antíoco. Había estado en Roma como rehén, y subió al trono el año ciento treinta y siete de la era seléucida. Por entonces surgieron en Israel hijos apóstatas que convencieron a muchos: «Vayamos y pactemos con las naciones vecinas, pues desde que nos hemos aislado de ellas nos han venido muchas desgracias». Les gustó

la propuesta y algunos del pueblo decidieron acudir al rey. El rey les autorizó a adoptar la legislación pagana; y entonces, acomodándose a las costumbres de los gentiles, construyeron en Jerusalén un gimnasio, disimularon la circuncisión, apostataron de la alianza santa, se asociaron a los gentiles y se vendieron para hacer el mal. El rey decretó la unidad nacional para todos los súbditos de su reino, obligando a cada uno a abandonar la legislación propia. Todas las naciones acataron la orden del rey e incluso muchos israelitas adoptaron la religión oficial: ofrecieron sacrificios a los ídolos y profanaron el sábado. El día quince de casleu del año ciento cuarenta y cinco, el rey Antíoco mandó poner sobre el altar de los holocaustos la abominación de la desolación; y fueron poniendo aras por todas las poblaciones judías del contorno. Quemaban incienso ante las puertas de las casas y en las plazas. Rasgaban y echaban al fuego los libros de la ley que encontraban; al que descubrían en casa un libro de la Alianza, y a quien vivía de acuerdo con la ley, lo ajusticiaban según el decreto real. Pero hubo muchos israelitas que resistieron, haciendo el firme propósito de no comer alimentos impuros. Prefirieron la muerte antes que contaminarse con aquellos alimentos y profanar la Alianza santa. Y murieron. Una cólera terrible se abatió sobre Israel.

Salmo (Sal 118, 53. 61. 134. 150. 155. 158)

Dame vida, Señor, para que observe tus preceptos.

Sentí indignación ante los malvados, que abandonan tu ley. R.

Los lazos de los malvados me envuelven, pero no olvido tu ley. R.

Líbrame de la opresión de los hombres, y guardaré tus mandatos. R.

Ya se acercan mis inicuos perseguidores, están lejos de tu ley. R.

La justicia está lejos de los malvados que no buscan tus decretos. R.

Viendo a los renegados, sentía asco, porque no guardan tus palabras. R.

Lectura del santo Evangelio según san Lucas (Lc. 18, 35-43)

Cuando se acercaba Jesús a Jericó, había un ciego sentado al borde del camino pidiendo limosna. Al oír que pasaba gente, preguntaba qué era aquello; y le informaron: «Pasa Jesús Nazareno». Entonces empezó a gritar: «¡Jesús, hijo de David, ten compasión de mí!». Los que iban delante le regañaban para que se callara, pero él gritaba más fuerte: «¡Hijo de David, ten compasión de mí!». Jesús se paró y mandó que se lo trajeran. Cuando estuvo cerca, le preguntó: «¿Qué quieres que haga por ti?». Él dijo: «Señor, que recobre la vista». Jesús le dijo: «Recobra la vista, tu fe te ha salvado». Y enseguida recobró la vista y lo seguía, glorificando a Dios. Y todo el pueblo, al ver esto, alabó a Dios.

Releemos el evangelio

San Gregorio Magno (c. 540-604)
papa y doctor de la Iglesia
Homilías sobre el evangelio, n° 2; PL 76, 1081

«¡Veo! Tu fe te ha salvado»

Observemos lo que el Señor dijo al ciego que se le acercó: «¿qué quieres que haga por ti? " El que tiene el poder de devolver la vista, ¿ignoraba lo que quería el ciego? Evidentemente, no. Pero Él desea que le pidamos las cosas, aunque Él lo sepa de antemano y nos lo vaya a conceder. Nos exhorta a pedir, incluso hasta ser molestos, el que afirma: "vuestro Padre celestial sabe lo que os hace falta, antes de que lo pidáis» (Mt 6,8). Si pregunta, es para que se le pida; si pregunta, es para impulsar nuestro corazón a la oración...

Lo que pide el ciego al Señor, no es oro, sino luz. No le preocupa solicitar otra cosa más que luz... Imitemos a este hombre, hermanos muy queridos. No pidamos al Señor ni riquezas engañosas, ni obsequios de la tierra, ni honores pasajeros, sino luz: No la luz circunscrita por el espacio, limitada por el tiempo, interrumpida por la noche, con la que compartimos la vista con los animales, pidamos esta luz que sólo los ángeles ven como nosotros, que no tiene principio y ni fin. Sin embargo, el camino para llegar a esta luz es la fe. Por tanto, con razón el Señor responde inmediatamente al ciego que va a recobrar la luz: «¡Levántate! Tu fe te ha salvado».

Palabras del Santo Padre Francisco

«El Hijo de Dios escuchó su grito: "¿Qué quieres que haga por ti?". El ciego le contestó: "Rabbunì, que recobre la vista!". Esta página del Evangelio hace visible lo que el salmo anunciaba como promesa. Bartimeo es un pobre que se encuentra privado de capacidades básicas, como son la de ver y trabajar. ¡Cuántas sendas conducen también hoy a formas de precariedad! La falta de medios básicos de subsistencia, la marginación cuando ya no se goza de la plena capacidad laboral, las diversas formas de esclavitud social, a pesar de los progresos realizados por la humanidad… Como Bartimeo, ¡cuántos pobres están hoy al borde del camino en busca de un sentido para su condición! ¡Cuántos se cuestionan sobre el porqué tuvieron que tocar el fondo de este abismo y sobre el modo de salir de él! Esperan que alguien se les acerque y les diga: "Ánimo. Levántate, que te llama".» *(Mensaje de S.S. Francisco para la II Jornada Mundial de los pobres, noviembre de 2018).*

Meditación

¿Qué pasaría si estando por la calle de pronto vieras una multitud que atasca las avenidas; que toda la gente corre hacia el mismo lugar con cara de haber encontrado ese algo que desde siempre habían estado buscando? Muy probablemente te acercarías a la persona más cercana y le harías la pregunta obvia: ¿qué está pasando?

Acto seguido, la persona se acerca discretamente a ti y te susurra al oído: «es Jesús Nazareno». Es decir, es Dios mismo el que pasa por aquí, es aquel al que le has pedido infinidad de cosas, es aquel que sabe lo más profundo de tu corazón, el que te ha redimido, el que te ha amado como nadie jamás lo hará y lo ha hecho.

Me imagino que te sumarías a la multitud con tal de siquiera poderle ver, aunque sea de lejos, y comenzarías a gritar, ¡Jesúsi, ¡Jesús!…

Evidentemente la historia podría ser diferente, sin embargo, es necesario recordar que Jesús está aquí. Es necesario recordar que Jesús se quiso quedar con nosotros en la Eucaristía. Así que –como el ciego– podemos de igual manera gritarle al Señor, teniendo la fe de que delante de nosotros está alguien que nos puede sanar, alguien que nos puede ayudar…alguien que nos ama y sabiendo que el Señor siempre está y nos dice en el silencio: Hijo, «¿qué quieres que haga por ti?»

Oración final

Feliz quien no sigue consejos de malvados
ni anda mezclado con pecadores
ni en grupos de necios toma asiento,
sino que se recrea en la ley de Yahvé,
susurrando su ley día y noche. (Sal 1,1-2)

MARTES, 16 DE NOVIEMBRE DE 2021
Quiero estar contigo.

Oración introductoria

Jesús, gracias por este momento que me regalas para poder estar contigo. Tú bien sabes todo lo que he tenido que pasar para poder estar aquí, en tu presencia. Aumenta mi fe. Dame la gracia de tener una fe que sea capaz de iluminar y guiar toda mi vida, incluso los momentos más difíciles.

Aumenta mi confianza. Que sea siempre consciente de que tu amor y tu misericordia me seguirán donde quiera que vaya. Aumenta mi amor. Dame la gracia de aprender a levantar mi mirada a tu amor. Hazme experimentar tu amor, de manera que sea un reflejo de tu amor para los demás.

Petición

Señor, haz que venga hoy tu salvación a mi alma.

Lectura del segundo libro de los Macabeos (2 Mac. 6, 18-31)

En aquellos días, Eleazar era uno de los principales maestros de la Ley, hombre de edad avanzada y semblante muy digno. Le abrían la boca a la fuerza para que comiera carne de cerdo. Pero él, prefiriendo una muerte honrosa a una vida de infamia, escupió la carne y avanzó voluntariamente al suplicio, como deben hacer los que son constantes en rechazar manjares prohibidos, aun a costa de la vida. Quienes presidían este impío banquete, viejos amigos de Eleazar, movidos por una compasión ilegítima, lo llevaron aparte y le propusieron que hiciera traer carne permitida, preparada por él mismo, y que la comiera haciendo como que comía la carne del sacrificio ordenado por el rey, para que así se librara de la muerte y, dada su antigua amistad, lo tratasen con consideración. Pero él, adoptando una actitud cortés, digna de sus años, de su noble ancianidad, de sus canas honradas e ilustres, de su conducta intachable desde niño y, sobre todo, digna de la ley santa dada por Dios, respondió coherentemente, diciendo enseguida: «¡Enviadme al sepulcro! No es digno de mi edad ese engaño. Van a creer los jóvenes que Eleazar a los noventa años ha apostatado y si miento por un poco de vida que me queda se van a extraviar con mi mal ejemplo. Eso sería manchar e infamar mi vejez. Y, aunque de momento me librase del castigo de los hombres, no me libraría de la mano del Omnipotente, ni vivo ni muerto. Si muero ahora como un valiente, me mostraré digno de mis años y legaré a los jóvenes un noble ejemplo, para que aprendan a arrostrar voluntariamente una muerte noble por amor a nuestra santa y venerable ley». Dicho esto, se fue enseguida al suplicio. Los que lo llevaban, considerando insensatas las palabras que acababa de pronunciar, cambiaron en dureza su actitud benévola de poco antes. Pero él, a punto de morir a causa de los golpes, dijo entre suspiros: «Bien sabe el Señor, dueño de la ciencia santa, que, pudiendo librarme de la muerte, aguanto en

mi cuerpo los crueles dolores de la flagelación, y que en mi alma los sufro con gusto por temor de él». De esta manera terminó su vida, dejando no sólo a los jóvenes, sino a la mayoría de la nación, un ejemplo memorable de heroísmo y de virtud.

Salmo (Sal 3, 2-3. 4-5. 6-7)

El Señor me sostiene.

Señor, cuántos son mis enemigos, cuántos se levantan contra mí; cuántos dicen de mí: «Ya no lo protege Dios». R.

Pero tú, Señor, eres mi escudo y mi gloria, tú mantienes alta mi cabeza. Si grito invocando al Señor, él me escucha desde su monte santo. R.

Puedo acostarme y dormir y despertar: el Señor me sostiene. No temeré al pueblo innumerable que acampa a mi alrededor. Levántate, Señor; sálvame, Dios mío. R.

Lectura del santo Evangelio según san Lucas (Lc. 19, 1-10)

En aquel tiempo, entró Jesús en Jericó e iba atravesando la ciudad. En esto, un hombre llamado Zaqueo, jefe de publicanos y rico, trataba de ver quién era Jesús, pero no lo lograba a causa del gentío, porque era pequeño de estatura. Corriendo más adelante, se subió a un sicomoro para verlo, porque tenía que pasar por allí. Jesús, al llegar a aquel sitio, levantó los ojos y le dijo: «Zaqueo, date prisa y baja, porque es necesario que hoy me quede en tu casa». Él se dio prisa en bajar y lo recibió muy contento. Al ver esto, todos murmuraban, diciendo: «Ha entrado a hospedarse en casa de un pecador». Pero Zaqueo, de pie, y dijo al Señor: «Mira, Señor, la mitad de mis bienes se la doy a los pobres; y si he defraudado a alguno, le restituyo cuatro veces más». Jesús le dijo: «Hoy ha sido la

salvación de esta casa, pues también este es hijo de Abrahán. Porque el Hijo del hombre ha venido a buscar y a salvar lo que estaba perdido».

Releemos el evangelio

Beato Juan van Ruysbroeck (1293-1381)
canónigo regular
El espejo de la bienaventuranza eterna

"...hoy tengo que alojarme en tu casa."

Las personas de las cuales te acabo de hablar se parecen a Zaqueo. Desean ver a Jesús para saber quién es, y por eso se quedan cortos todo razonamiento y toda luz natural. Avanzan, pues, delante de toda la multitud y de la dispersión de las criaturas. Por la fe y el amor suben por encima de su pensamiento, allí donde el espíritu permanece lejos del afecto a toda imagen y libre de todo. Es allí donde Jesús es visto, reconocido y amado en su divinidad. Porque él está siempre presente en todos los espíritus libres y elevados que, amándole, han sido elevados por encima de ellos mismos. Es allí que desborda plenamente en dones y gracias.

Y sin embargo, dice a cada una de ellas: "Baja enseguida, porque una libertad de espíritu elevado no puede permanecer allí si no es gracias a un espíritu de humilde obediencia. Porque es necesario que me reconozcas y me ames como Dios y como hombre, a la vez elevado por encima de todo y abajado por debajo de todo. De tal manera que tú podrás saborearme cuando yo te eleve por encima de todo y más allá de ti mismo, en mí, cuando tú te abajes por debajo de todo y de ti mismo, conmigo y por mí. Es entonces que vendré a tu casa, permaneceré en ella y viviré allí contigo y en ti, y tú, conmigo y en mí."

Cuando alguien conoce esto y lo saborea siente en sí, baja rápidamente, y no se estimando en nada sino con corazón humilde, decepcionado de su vida y de todas sus obras, se dice: "Señor, yo no soy digno, sino muy al contrario, en la morada de mis pecados que son mi cuerpo y mi alma soy indigno de recibir tu cuerpo glorioso en el Santísimo Sacramento (Mt 8,8). Pero tú, Señor, dame tu gracia y ten piedad de mi pobre vida y de todos mis fallos."

Palabras del Santo Padre Francisco

«Aunque tus pecados fueran como escarlata, se volverán blancos como la nieve. Si fueran rojos como púrpura, se volverán como lana. El Señor da confianza, como el padre da confianza al hijo adolescente. Muchas veces el Señor nos llama así, cuando Jesús dice: "¡Tú, Zaqueo, baja! Baja, ven conmigo, vamos a comer juntos!". Zaqueo llama a toda la cordada de sus amigos -¡que no eran precisamente de Acción Católica!- pero llama a todos y escuchan al Señor. Precisamente con ese gesto de confianza el Señor se acerca al perdón y cambia el corazón.» *(Homilía de S.S. Francisco, 27 de febrero de 2018, en santa Marta).*

Meditación

Muy estimada alma:

Has leído que le dije a Zaqueo que aquel día, era necesario que yo me quedara en su casa… Y hoy quiero pedirte lo mismo: quiero estar contigo.

Quiero entrar a tu casa, a tu corazón. Deseo ardientemente poder estar contigo. No te preocupes si crees que no eres digno… No quiero estar contigo porque lo merezcas, sino porque sé que lo necesitas.

Quieres ser feliz… ¡Yo también quiero que seas feliz!, ¡para eso te creé! Para ser felices juntos, para darte todo mi amor y jamás separarme de tu lado. Sé que deseas con todas tus fuerzas tu felicidad; que tu sed de plenitud, de amor verdadero, es infinita y sólo Yo puedo saciarla… ¡Y quiero hacerlo!, ¿me lo permites?

Quiero estar contigo y hacer de tu corazón mi hogar. No necesito que sea perfecto, que no tenga defectos… No quiero un corazón perfecto…¡Quiero tu corazón así como es!

Anhelo sanarte, hacerte feliz y mostrarte que eres lo mejor que pude haber creado. No importa lo mucho que te sientas indigno. ¡Eres la persona más importante para mí, y te amo tanto que, si fuera necesario, no sólo volvería a morir por ti, sino que vencería a la muerte de nuevo solamente para estar contigo!

Hoy quiero entrar en tu corazón y, si tú lo quieres, no irme de él jamás … ¿Te gustaría dejarme entrar?

Att. Jesús.

Oración final

Te busco de todo corazón,
no me desvíes de tus mandatos.
En el corazón guardo tu promesa,
para no pecar contra ti. (Sal 119,10-11)

MIÉRCOLES, 17 DE NOVIEMBRE DE 2021
SANTA ISABEL DE HUNGRÍA, RELIGIOSA
El oro de Dios

Oración introductoria

Señor concédeme poder ver tu amor.

Petición

Padre mío, ayúdame a corresponderte con generosidad, responsabilidad y eficacia creciente.

Lectura del segundo libro de los Macabeos (2 Mac.7, 1. 20-31)

En aquellos días, arrestaron a siete hermanos con su madre. El rey los hizo azotar con látigos y nervios para forzarlos a comer carne de cerdo, prohibida por la ley. En extremo admirable y digno de recuerdo fue la madre, quien, viendo morir a sus siete hijos en el espacio de un día, lo soportó con entereza, esperando en el Señor. Con noble actitud, uniendo un temple viril a la ternura femenina, fue animando a cada uno, y les decía en su lengua patria: «Yo no sé cómo aparecisteis en mi seno; yo no os regalé el aliento ni la vida, ni organicé los elementos de vuestro organismo. Fue el creador del universo, quien modela la raza humana y determina el origen de todo. Él, por su misericordia, os devolverá el aliento y la vida, si ahora os sacrificáis por su ley». Antíoco creyó que la mujer lo despreciaba, y sospechó que lo estaba insultando. Todavía quedaba el más pequeño, y el rey intentaba persuadirlo; más aún, le juraba que si renegaba de sus tradiciones lo haría rico y feliz, lo tendría por Amigo y le daría algún cargo. Pero como el muchacho no le hacía ningún el menor caso, el rey llamó a la madre y le rogaba que aconsejase al chiquillo para su bien. Tanto le insistió, que la madre

accedió a persuadir al hijo; se inclinó hacia él y, riéndose del cruel tirano, habló así en su idioma patrio: «¡Hijo mío, ten piedad de mí, que te llevé nueve meses en el seno, te amamanté y crié durante tres años y te he alimentado hasta que te has hecho mozo! Hijo mío, te lo suplico, mira el cielo y la tierra, fíjate en todo lo que contienen y ten presente que Dios lo creó todo de la nada, y el mismo origen tiene el género humano. No temas a ese verdugo; mantente a la altura de tus hermanos y acepta la muerte. Así, por la misericordia de Dios, te recobraré junto con ellos». Estaba todavía hablando, cuando el muchacho dijo: «¿Qué esperáis? No obedezco el mandato del rey; obedezco el mandato de la ley dada a nuestros padres por medio de Moisés. Pero tú, que eres el causante de todas las desgracias de los hebreos, no escaparás de las manos de Dios».

Salmo (Sal 16, 1. 5-6. 8 y 15)

Al despertar me saciaré de tu semblante, Señor.

Señor, escucha mi apelación, atiende a mis clamores, presta oído a mi súplica, que en mis labios no hay engaño. R.

Mis pies estuvieron firmes en tus caminos, y no vacilaron mis pasos. Yo te invoco porque tú me respondes, Dios mío; inclina el oído y escucha mis palabras. R.

Guárdame como a las niñas de tus ojos, a la sombra de tus alas escóndeme. Yo con mi apelación vengo a tu presencia, y al despertar me saciaré de tu semblante. R.

Lectura del santo Evangelio según san Lucas (Lc. 19, 11-28)

En aquel tiempo, Jesús dijo una parábola, porque estaba él cerca de Jerusalén y pensaban que el reino de Dios iba a manifestarse enseguida. Dijo, pues: «Un hombre noble se marchó a un país lejano

para conseguirse el título de rey, y volver después. Llamó a diez siervos suyos y les repartió diez minas de oro, diciéndoles: "Negociad mientras vuelvo". Pero sus conciudadanos lo aborrecían y enviaron tras de él una embajada diciendo: "No queremos que este llegue a reinar sobre nosotros". Cuando regresó de conseguir el título real, mandó llamar a su presencia a los siervos a quienes había dado el dinero, para enterarse de lo que había ganado cada uno. El primero se presentó y dijo: "Señor, tu mina ha producido diez". Él le dijo: "Muy bien, siervo bueno; ya que has sido fiel en lo pequeño, recibe el gobierno de diez ciudades". El segundo llegó y dijo: "Tu mina, señor, ha rendido cinco". A ese le dijo también: "Pues toma tú el mando de cinco ciudades". El otro llegó y dijo: "Señor, aquí está tu mina; la he tenido guardada en un pañuelo, porque tenía miedo, porque eres un hombre exigente que retiras lo que no has depositado y siegas lo que no has sembrado". Él le dijo: "Por tu boca te juzgo, siervo malo. ¿Conque sabías que soy exigente, que retiro lo que no he depositado y siego lo que no he sembrado? Pues, ¿por qué no pusiste mi dinero en el banco? Al volver yo, lo habría cobrado con los intereses". Entonces dijo a los presentes: "Quitadle a éste la mina y dádsela al que tiene diez minas". Le dijeron: "Señor, si ya tiene diez minas". "Os digo: al que tiene se le dará, pero al que no tiene se le quitará hasta lo que tiene. Y en cuanto a esos enemigos míos, que no querían que llegase a reinar sobre ellos, traedlos acá y degolladlos en mi presencia"». Dicho esto, caminaba delante de ellos, subiendo hacia Jerusalén.

Releemos el evangelio

Papa Francisco
Audiencia general del 05/06/2013 (trad. © copyright Librería Editrice Vaticana)

"Hacedlos fructificar"

"Hoy desearía detenerme en la cuestión del medio ambiente, como ya he tenido oportunidad de hacer en varias ocasiones. Me lo sugiere además la Jornada mundial del medio ambiente, de hoy, promovida por las Naciones Unidas, que lanza un fuerte llamamiento a la necesidad de eliminar el desperdicio y la destrucción de alimentos.

Cuando hablamos de medio ambiente, de la creación, mi pensamiento se dirige a las primeras páginas de la Biblia, al libro del Génesis, donde se afirma que Dios puso al hombre y a la mujer en la tierra para que la cultivaran y la custodiaran (cf. 2, 15). Y me surgen las preguntas: ¿qué quiere decir cultivar y custodiar la tierra? ¿Estamos verdaderamente cultivando y custodiando la creación? ¿O bien la estamos explotando y descuidando? El verbo «cultivar» me recuerda el cuidado que tiene el agricultor de su tierra para que dé fruto y éste se comparta: ¡cuánta atención, pasión y dedicación!

Cultivar y custodiar la creación es una indicación de Dios dada no sólo al inicio de la historia, sino a cada uno de nosotros; es parte de su proyecto; quiere decir hacer crecer el mundo con responsabilidad, transformarlo para que sea un jardín, un lugar habitable para todos. Benedicto XVI recordó varias veces que esta tarea que nos ha encomendado Dios Creador requiere percibir el ritmo y la lógica de la creación. Nosotros en cambio nos guiamos a menudo por la soberbia de dominar, de poseer, de manipular, de explotar; no la «custodiamos», no la respetamos, no la consideramos como un don gratuito que hay que cuidar. Estamos perdiendo la

actitud del estupor, de la contemplación, de la escucha de la creación; y así ya no logramos leer en ella lo que Benedicto XVI llama «el ritmo de la historia de amor de Dios con el hombre». ¿Por qué sucede esto? Porque pensamos y vivimos de manera horizontal, nos hemos alejado de Dios, ya no leemos sus signos.

Palabras del Santo Padre Francisco

«Solo de esto podemos presumir: del "conocimiento de la gloria de Dios reflejada en el rostro de Cristo", que nos da el Espíritu vivificador. Este es el tesoro que nosotros, frágiles vasijas de barro, debemos ofrecer a nuestro amado y atormentado mundo. No seríamos fieles a la misión que se nos ha confiado si redujéramos este tesoro al valor de un humanismo puramente inmanente, adaptable a las modas del momento. Y seríamos malos custodios si quisiéramos solo preservarlo, enterrándolo por miedo a los desafíos del mundo. Tenemos necesidad de un nuevo impulso evangelizador. Estamos llamados a ser un pueblo que vive y comparte la alegría del Evangelio, que alaba al Señor y sirve a los hermanos, con un espíritu que arde por el deseo de abrir horizontes de bondad y de belleza insospechados para quien no ha tenido aún la gracia de conocer verdaderamente a Jesús.» *(Discurso de S.S. Francisco, 21 de junio de 2018).*

Meditación

Yo pasé de ir a misa sólo por compromisos sociales a ir todos los días prácticamente de la noche a la mañana, todo, por supuesto, por gracia de Dios. Pero mi entorno de amigos, e incluso mi novia, permanecieron igual.

Veían a la Iglesia como algo no necesario o pasado de moda y la mayoría no eran creyentes. Mis amigos se burlaban de mí y, en

una ocasión, mi novia me llegó a preguntar si ya había ido a mi circo, es decir a la misa.

Para mí era muy difícil ser católico con mis amigos, era difícil tener una coherencia de vida. Yo estaba en la situación de los empleados del rey que nos narra el Evangelio de hoy; ellos vivían en un lugar donde había personas que no querían a su rey. Al principio fui como el último empleado, vivía ocultando la pequeña onza de oro que mi Señor me regaló, ocultaba la experiencia del amor de Dios en mi vida por miedo a las burlas y humillaciones.

Con el tiempo me atreví a colocar mi pequeña onza de oro en el banco, es decir comencé a orar, comencé a hablar con Dios, porque la oración es el banco donde mi amor gana intereses y crece; donde el amor de Dios va creciendo en mí. Con tantas onzas de oro, el miedo se me fue quitando porque entendí que mi esfuerzo no era lo importante sino la onza de mi Señor; ella sola ganaba intereses.

Comencé a colocar la onza de mi Señor en toda clase de negocios, porque no había miedo de perderla; comencé a hablar del amor que Dios me tiene a todas las personas que conocía, creyente o no creyente. La onza de oro de mi Señor produjo más onzas que, a su vez, empezaron a producir más onzas.

No tengamos miedo de perder la onza de oro que nuestro Señor nos regaló, porque en la oración y la Eucaristía crece el amor a Él. ¡Y salgamos por el mundo a predicar el amor de Dios para que se multipliquen las onzas de nuestro Rey!

Oración final

Alabad a Dios en su santuario,
alabadlo en su poderoso firmamento,
alabadlo por sus grandes hazañas,
alabadlo por su inmensa grandeza. (Sal 150,1-2)

JUEVES, 18 DE NOVIEMBRE DE 2021
Dabar…

Oración introductoria

Trae, Señor la paz a mi corazón, a pesar de todas las situaciones que me la puedan quitar. Hazme dócil a tu Palabra para que pueda dar mucho fruto.

Petición

Jesús, ayúdame a evitar toda distracción en este momento de oración; que sepa guardar el silencio necesario para poder escucharte.

Lectura del segundo libro de los Macabeos (1 Mac. 2, 15-29)

En aquellos días, los funcionarios reales, encargados de imponer la apostasía, llegaron a Modin, para que la gente ofreciese sacrificios, y muchos israelitas acudieron a ellos. Matatías y sus hijos se reunieron aparte. Los funcionarios del rey tomaron la palabra y dijeron a Matatías: «Tú eres un personaje ilustre, un hombre importante en esta ciudad, y estás respaldado por tus hijos y parientes. Adelántate el primero, haz lo que manda el rey, como lo han hecho todas las naciones, y los mismos judíos, y los que han quedado en Jerusalén.

Tú y tus hijos recibiréis el título de Amigos del rey; os premiarán con oro y plata y muchos regalos». Pero Matatias respondió en voz alta: «Aunque todos los súbditos del rey le obedezcan apostatando de la religión de sus padres, y aunque prefieran cumplir sus órdenes, yo, mis hijos y mis parientes viviremos según la Alianza de nuestros padres. ¡Dios me libre de abandonar la ley y nuestras costumbres! No obedeceremos las órdenes del rey, desviándonos de nuestra religión ni a derecha ni a izquierda». Nada más decirlo, un judío se adelantó a la vista de todos, dispuesto a sacrificar sobre el ara de Modin, como lo mandaba el rey. Al verlo, Matatias se indignó, tembló de cólera y, en un arrebato de ira santa, corrió a degollar a aquel hombre sobre el ara. Y, acto seguido, mató al funcionario real que obligaba a sacrificar y derribó el ara. Lleno de celo por la ley, hizo lo que Pinjás a Zimrí, hijo de Salu. Luego empezó a decir a voz en grito por la ciudad: «Todo el que sienta celo por la ley y quiera mantener la Alianza, que me siga!». Y se echó al monte, con sus hijos, dejando en la ciudad todo cuanto tenía. Por entonces, muchos decidieron bajar al desierto para instalarse allí, porque deseaban vivir santamente de acuerdo con el derecho y la justicia.

Salmo (Sal 49, 1-2. 5-6. 14-15)

Al que sigue buen camino le haré ver la salvación de Dios.

El Dios de los dioses, el Señor, habla: convoca la tierra de oriente a occidente. Desde Sión, la hermosa, Dios resplandece. R.

«Congregadme a mis fieles, que sellaron mi pacto con un sacrificio.» Proclame el cielo su justicia; Dios en persona va a juzgar. R.

«Ofrece a Dios un sacrificio de alabanza, cumple tus votos al Altísimo e invócame el día del peligro: yo te libraré, y tú me darás gloria.» R.

Lectura del santo Evangelio según san Lucas (Lc. 19, 41-44)

En aquel tiempo, al acercarse Jesús a Jerusalén y ver la ciudad, lloró sobre ella, mientras decía: «¡Si reconocieras tú también en este día lo que conduce a la paz! Pero ahora está escondido a tus ojos. Pues vendrán días sobre ti en que tus enemigos te rodearán de trincheras, te sitiarán, apretarán el cerco, de todos lados, te arrasarán con tus hijos dentro, y no dejarán piedra sobre piedra. Porque no reconociste el tiempo de tu visita»

Releemos el evangelio

Isaac el Sirio (siglo VII)
monje cercano a Mossoul
Discursos ascéticos, 1ª serie, nº 60

Llorar con Cristo

No desprecies al pecador, porque todos somos culpables. Si por amor a Dios te levantas contra él, llora más bien por él. ¿Por qué lo desprecias? desprecia sus pecados, y reza por él, con el fin de ser igual a Cristo, que no se irritó contra los pecadores sino que rezó por ellos (cf Lc 23,34). ¿No ves cómo lloró sobre Jerusalén? Si nosotros también más de una vez hemos sido tentados por el diablo. ¿Por qué despreciar al que como nosotros ha sido tentado por el diablo que se burla de todos nosotros? ¿Por qué, tú que eres sólo un hombre, desprecias al pecador? ¿Porque no es justo como tú? ¿Pero dónde está tu justicia, si no tienes amor? ¿Por qué no lloraste por él? Al contrario, lo persigues. Algunos, por ignorancia se irritan contra otros, porque creen tener el discernimiento de las obras de los pecadores.

Palabras del Santo Padre Francisco

«En el tiempo de Jesús, la gente que estaba liberada de demonios decía: "el Señor ha visitado a su pueblo". El mismo Jesús, cuando mira Jerusalén llora, llora por ella. ¿Por qué llora? Porque no conociste el tiempo en el que fuiste visitada; no entendiste la visita del Señor. Cuando el Señor nos visita, nos da la alegría, es decir, nos lleva a un estado de consolación, nos lleva a cosechar la alegría, da consuelo espiritual. Un consuelo que no solo pasa en aquel tiempo, sino que es un estado en la vida espiritual de cada cristiano. Por eso es necesario: esperar el consuelo, reconocer el consuelo, porque hay falsos profetas que parecen consolarnos y en cambio nos engañan y conservar el consuelo» *(Homilía de S.S. Francisco, 25 de septiembre de 2017, en santa Marta).*

Meditación

El Evangelio que meditamos hoy, en sentido literal, corresponde a una profecía histórica que hace Jesús sobre la destrucción del templo de Jerusalén por parte de Tito en el año 66 d.C. Jerusalén, en sentido bíblico y espiritual, es imagen del cielo y, en este caso particular, una de las vías de cómo llegamos al cielo. ¡Si al menos tú comprendieras en este día lo que conduce a la paz! ¡El Señor dice esto LLORANDO! Si eso lo hizo por una ciudad de piedra, ¿cuánto más no lo hará cuando ve nuestro corazón que le rechaza escogiendo el mal?

No dejemos en este día que nada nos robe la paz, aunque el enemigo nos rodee e intente hacernos caer. El Señor nos está hablando al corazón constantemente, pero es más fácil actuar como los habitantes de la Jerusalén terrena y matar al Señor en nuestra conciencia. ¡Qué ciegos somos al buscar el amor y no darnos cuenta de que el amor se nos da gratuitamente en la cruz!

¡Si comprendieras lo que conduce a la paz! Sólo el Señor puede hacer que su palabra sea «Dabar» (término hebreo que significa palabra que al ser pronunciada crea lo que dice) Si el Señor te desea la paz con su palabra creadora, y eres dócil al regalo que te quiere dar, serás una piedra viva más bella y santa, más parecida a Cristo, la Piedra Angular, en la ciudad santa, la Jerusalén celestial.

Acoge la Palabra en tu corazón como María y verás como da grandes frutos.

Oración final

¡Cantad a Yahvé un cántico nuevo:
su alabanza en la asamblea de sus fieles!
¡Regocíjese Israel en su Hacedor,
alégrense en su rey los de Sión. (Sal 149,1-2)

VIERNES, 19 DE NOVIEMBRE DE 2021
Todos los días enseñaba en el templo

Oración introductoria

Dame, Señor, la fe necesaria para descubrirte en la Eucaristía y enséñame a valorar tu presencia real en ella.

Petición

Espíritu Santo, ilumina mi entendimiento para conocer la voluntad divina sobre mí.

Lectura del primer libro de los Macabeos (1 Mac.4,36-37.52-59)

En aquellos días, Judas y sus hermanos propusieron: «Nuestros enemigos están vencidos; subamos, pues, a purificar el santuario y a restaurarlo». Se reunió todo el ejército y subieron al monte Sion. El año ciento cuarenta y ocho, el día veinticinco del mes noveno (es decir, casleu), todos madrugaron para ofrecer un sacrificio, según la ley, en el nuevo altar de los holocaustos que habían reconstruido. Precisamente en el aniversario del día en que lo habían profanado los gentiles, lo volvieron a consagrar, cantando himnos y tocando cítaras, laúdes y timbales. Todo el pueblo se postró en tierra adorando y alabando al Cielo, que les había dado el triunfo. Durante ocho días celebraron la consagración, ofreciendo con alegría holocaustos y sacrificios de comunión y de alabanza. Decoraron la fachada del santuario con coronas de oro y escudos. Restauraron también el portal y las dependencias, poniéndoles puertas. El pueblo celebró una gran fiesta, que invalidó la profanación de los gentiles. Judas, con sus hermanos y toda la asamblea de Israel, determinó que se conmemorara anualmente la nueva consagración del altar con solemnes festejos, durante ocho días a partir del veinticinco del mes de Casleu.

Salmo (1 Cro 29, 10.11abc.11d-12a.12bed)

Alabamos, tu nombre glorioso, Señor.

Bendito eres, Señor, Dios de nuestro padre Israel, por los siglos de los siglos. R.

Tuyos son, Señor, la grandeza y el poder, la gloria, el esplendor, la majestad, porque tuyo es cuanto hay en cielo y tierra. R.

Tú eres rey y soberano de todo. De ti viene la riqueza y la gloria. R.

Tú eres Señor del universo, en tu mano está el poder y la fuerza, tú engrandeces y confortas a todos. R.

Lectura del santo Evangelio según san Lucas (Lc. 19, 45-48)

En aquel tiempo, Jesús entró en el templo y se puso a echar a los vendedores, diciéndoles: «Escrito está: "Mi casa será casa de oración"; pero vosotros la habéis hecho una "cueva de bandidos"». Todos los días enseñaba en el templo. Por su parte, los sumos sacerdotes, los escribas y los principales del pueblo buscaban acabar con él, pero no sabían que hacer, porque todo el pueblo estaba pendiente de él, escuchándolo.

Releemos el evangelio

San Agustín (354-430)
obispo de Hipona (África del Norte), doctor de la Iglesia
Sermón sobre el salmo 130, § 3

«El pueblo entero estaba pendiente de sus labios»

Oramos en el templo de Dios cuando oramos en la paz de la Iglesia, en la unidad del Cuerpo de Cristo, porque el Cuerpo de Cristo está constituido por la multitud de creyentes repartidos por toda la tierra... Para ser escuchado es en este templo que se debe orar «en espíritu y en verdad» (Jn 4,23), y no en el Templo material de Jerusalén. Éste no era más que la «sombra de lo venidero» (Col 2,17), por eso quedó hecho una ruina... Este templo que cayó no podía ser la casa de oración de la que se había dicho: «Mi casa se llamará casa de oración para todos los pueblos» (Mc 11,17; Is 56,7).

¿Es que, en realidad, los que quisieron hacer de ella «una cueva de bandidos» fueron la causa de su caída? De la misa manera que los que en la Iglesia llevan una vida desordenada, los que, tanto como pueden, buscan hacer de la casa de Dios una cueva de bandidos,

éstos no van a derrumbar ese templo. Tiempo vendrá en que serán echados fuera con el látigo de sus pecados. Esta asamblea de fieles, templo de Dios y Cuerpo de Cristo, no tiene sino una sola voz y canta como un solo hombre... Si queremos, esta voz es la nuestra; si queremos, al oír cantar, cantamos también en nuestro corazón.

Palabras del Santo Padre Francisco

«Para interpretar el gesto de Jesús de purificar la casa de Dios, sus discípulos usaron un texto bíblico tomado del salmo 69: "El celo por tu casa me devorará"; así dice el salmo: "pues me devora el celo de tu casa". Este salmo es una invocación de ayuda en una situación de extremo peligro a causa del odio de los enemigos: la situación que Jesús vivirá en su pasión. El celo por el Padre y por su casa lo llevará hasta la cruz: su celo es el del amor que lleva al sacrificio de sí, no el falso que presume de servir a Dios mediante la violencia. De hecho, el "signo" que Jesús dará como prueba de su autoridad será precisamente su muerte y resurrección: "Destruid este santuario -dice- y en tres días lo levantaré". Y el evangelista anota: "Él hablaba del Santuario de su cuerpo". Con la Pascua de Jesús inicia el nuevo culto en el nuevo templo, el culto del amor, y el nuevo templo es Él mismo.» *(Ángelus de S.S. Francisco, 4 de marzo de 2018).*

Meditación

Jesús iba todos los días al templo y enseñaba allí. Después de su muerte, Jesús no perdió esta buena costumbre. Es más, decidió quedarse allí para que cada vez que tengamos necesidad sepamos donde encontrarlo. Curiosamente, nosotros católicos, nos hemos acostumbrado a su compañía y ya no estamos tan pendientes de las palabras de «sus labios». Lo dejamos solo y abandonado en lo profundo de su sagrario.

Sin embargo, Jesús está ahí siempre a la espera de que nos animemos a visitarle, a contarle nuestros problemas y necesidades. Él espera todos los días el momento en que se realice su deseo y «su casa» se convierta en aquel lugar de oración que tanto desea, un lugar donde podamos hablar al Padre y, en el silencio de nuestro corazón, escuchar su voz.

Oración final

Considero un bien la ley de tu boca,
más que miles de monedas de oro y de plata.
¡Qué dulce me sabe tu promesa,
más que la miel a mi boca! (Sal 119,72.103)

SÁBADO, 20 DE NOVIEMBRE DE 2021
Pues ya no pueden morir.

Oración introductoria

Señor, que dé testimonio con mi vida de tu misericordia.

Petición

Espíritu Santo, fortaléceme con tu gracia, pues para creer con fe viva necesito de todo tu auxilio y ayuda.

Lectura del primer libro de los Macabeos (1 Mac. 6, 1-13)

En aquellos días, el rey Antioco recorría las provincias del norte, cuando se enteró de que en Persia habla una ciudad llamada Elimaida, famosa por su riqueza en plata y oro, con un templo lleno

de tesoros: escudos dorados, lorigas y armas depositadas allí por Alejandro, el de Filipo, rey de Macedonia, primer rey de los griegos. Antioco fue allá e intentó apoderarse de la ciudad y saquearla; pero no pudo, porque los de la ciudad, dándose cuenta de lo que pretendía, salieron a atacarle. Antioco tuvo que huir, y emprendió apesadumbrado el viaje de vuelta a Babilonia. Cuando se encontraba todavía en Persia, llegó un mensajero con la noticia de que la expedición militar contra Judea había fracasado y que Lisias, que en un primer momento se había presentado como caudillo de un poderosos ejército, había huido ante los judíos; estos, sintiéndose fuertes con las armas, pertrechos y el enorme botín de los campamentos saqueados, habían derribado la abominación de la desolación construida sobre el altar de Jerusalén, habían levantado en torno al santuario una muralla alta como la de antes y habían hecho lo mismo en Bet Sur, ciudad que pertenecía al rey. Al oír este informe, el rey se asustó y se impresionó de tal forma que cayó en cama y enfermo de tristeza, porque no le habían salido las cosas como quería. Allí pasó muchos días, cada vez más triste. Pensó que se moría, llamó a todos sus Amigos y les dijo: «El sueño ha huido de mis ojos y estoy abrumado por las preocupaciones y me digo: "¡A qué tribulación he llegado, en qué violento oleaje estoy metido, yo, que era feliz y querido cuando era poderoso! Pero ahora me viene a la memoria el daño que hice en Jerusalén, robando el ajuar de plata y oro que había allí, y enviando gente que exterminase sin motivo a los habitantes de Judea. Reconozco que por eso me han venido estas desgracias. Ya veis, muero de tristeza en tierra extranjera"»

Salmo (Sal 9, 2-3. 4 y 6. 16 y 19)

Gozaré con tu salvación, Señor.

Te doy gracias, Señor, de todo corazón, proclamando todas tus maravillas; me alegro y exulto contigo y toco en honor de tu nombre, oh Altísimo. R.

Porque mis enemigos retrocedieron, cayeron y perecieron ante tu rostro. Reprendiste a los pueblos, destruiste al impío y borraste para siempre su apellido. R.

Los pueblos se han hundido en la fosa que hicieron, su pie quedó prendido en la red que escondieron. Él no olvida jamás al pobre, ni la esperanza del humilde perecerá. R.

Lectura del santo Evangelio según san Lucas (Lc. 20, 27-40)

En aquel tiempo, se acercaron algunos saduceos, a los que dicen que no hay resurrección, y preguntaron a Jesús: «Maestro, Moisés nos dejó escrito: "Si a uno se le muere su hermano, dejando mujer, pero sin hijos, que tome la mujer como esposa y dé descendencia a su hermano". Pues bien, había siete hermanos; el primero se casó y murió sin hijos. Y el segundo y el tercero se casaron con ella, y así los siete, y murieron todos sin dejar hijos. Por último, también murió la mujer. Cuando llegue la resurrección, ¿de cuál de ellos será la mujer? Porque los siete la tuvieron como mujer». Jesús les dijo: «En este mundo los hombres se casan y las mujeres toman esposo, pero los que sean juzgados dignos de tomar parte en el mundo futuro y en la resurrección de entre los muertos no se casarán ni ellas serán dadas en matrimonio. Pues ya no pueden morir, ya que son como ángeles; y son hijos de Dios, porque son hijos de la resurrección. Y que los muertos resucitan, lo indicó el mismo Moisés en el episodio de la zarza, cuando llama al Señor "Dios de Abrahán, Dios de Isaac, Dios de Jacob". No es Dios de muertos, sino de vivos; porque para él todos están vivos». Intervinieron unos escribas: «Bien dicho, Maestro». Y ya no se atrevían a hacerle más preguntas.

Releemos el evangelio

San Paciano (¿-c. 390)
obispo de Barcelona
Sermón sobre el bautismo, 6

«La vida es Cristo»

Ya no estamos sujetos a la muerte. Aun cuando nuestro cuerpo sea destruido; viviremos en Cristo, como él mismo lo ha dicho: «El que cree en mi aunque haya muerto, vivirá» (Jn 12:25). Podemos estar seguros; el mismo Señor es testigo; que Abrahán, Isaac, Jacob y todos los santos de Dios viven. A propósito de ellos el Señor ha dicho: «Todos viven, porque Dios es Dios de vivos y no de muertos.» Y el apóstol Pablo dice de sí mismo: «para mí la vida es Cristo, y el morir significa una ganancia, desearía morir para estar con Cristo, lo cual, ciertamente, es con mucho lo mejor» (Fl 1:21-23).

Esto es lo que creemos, hermanos míos, y «si nuestra esperanza en Cristo no va más allá de esta vida, somos los más miserables de todos los hombres» (1 Cor 15:19). La vida de este mundo, para los animales domésticos, los salvajes y para los pájaros, es; como lo podéis constatar, más o menos larga como la nuestra. Lo que es propio del hombre, es que Cristo le ha dado su Espíritu, es decir, la vida eterna, a condición de que renunciemos desde ahora al pecado. Porque la muerte es fruto del pecado y es vencida por la virtud. La vida se destruye por el pecado y se conserva por la virtud. «En efecto, el salario del pecado es la muerte, mientras que Dios nos ofrece como don la vida eterna por medio de Cristo Jesús nuestro Señor» (Rm 6:23)

Palabras del Santo Padre Francisco

«Esta esperanza, que la Palabra de Dios reaviva en nosotros, nos ayuda a tener una actitud de confianza frente a la muerte: en efecto, Jesús nos ha mostrado que esta no es la última palabra, sino que el amor misericordioso del Padre nos transfigura y nos hace vivir en comunión eterna con Él. Una característica fundamental del cristiano es el sentido de la espera palpitante del encuentro final con Dios. Lo hemos reafirmado hace poco en el Salmo Responsable: "Mi alma tiene sed de Dios, del Dios vivo: ¿cuándo entraré a ver el rostro de Dios?". Son palabras poéticas que expresan de manera conmovedora nuestra espera vigilante y sedienta del amor, de la belleza, de la felicidad y de la sabiduría de Dios.» *(Homilía de S.S. Francisco, 3 de noviembre de 2017).*

Meditación

Qué gran verdad nos anuncia Cristo en este Evangelio; sabemos, por la fe, que después de la muerte terrenal, luego de pasar por este valle de lágrimas ya no podremos morir. Una vez en el reino celeste no hay más posibilidad de muerte porque Cristo, con su pasión muerte y resurrección, ha vencido la muerte; nos ha dado la vida eterna.

Reflexionemos en este don y misterio tan grande que es la vida eterna. ¿Cómo nos estamos preparando? ¿Tenemos una fe firme en que Cristo nos espera para vivir en la alegría y el Amor que no tiene fin? Pongamos hoy en nuestra oración a todas aquellas personas que se han alejado de la fe, todos aquellos que, por uno u otro motivo, dejaron marchitar la flor de la esperanza; pidamos muy desde el fondo de nuestro corazón por ellos para que, por intercesión de María santísima, puedan volver a ver la luz de la fe y sentir el resplandor del amor de Cristo Jesús.

«No es Dios de muertos, sino de vivos, porque para Él todos están vivos», así finaliza las palabras de Jesús, quizás es un buen momento para preguntarme ¿yo estoy vivo en mi amor a Cristo, a la Iglesia, al papa, a María? Cómo es mi amor al prójimo yo soy un hijo de un Dios vivo, creo firmemente que Jesús está realmente presente en la eucaristía. Él es un Dios vivo, un dios de vivos es por eso que tenemos que hacer valer este don tan grande de la vida, aprovechemos al máximo este tiempo que tenemos para hacer la voluntad del Padre al igual que Jesús que no tenía otra meta que hacer la voluntad de aquel que le envió. Es Jesús vivo y vivificante que pasa cerca de nosotros para darnos la vida, pero en abundancia que nos abraza y nos dice al oído, «sígueme».

Oración final

Creo que gozaré
de la bondad de Yahvé
en el país de la vida.
Espera en Yahvé, sé fuerte,
ten ánimo, espera en Yahvé. (Sal 27,13-14)